

ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre.—Tambien, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas; y, como suele decirse, *de trás de la cruz está el diablo*.—No lo niego, respondió Sancho; y, por ahora, dénme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque, en efecto, no puedo pasar sin comer; y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos; porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas: y vos, secretario, responded al duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda, como lo manda, sin faltar punto; y dareis de mi parte un besamanos á mi señora la duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza; que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y, de camino, podeis encajar un besamanos á mi señor Don Quijote de la Mancha, por que vea que soy pan agradecido: y vos, como buen secretario y como buen vizcaino, podeis añadir todo lo que quisiéredes y mas viniere á cuento: y álcense estos manteles, y dénme á mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi insula. En esto, entró un paje, y dijo: "Aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia.—¡Extraño caso es este, dijo Sancho, destes negociantes! ¿es posible que sean tan necios, que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? Por ventura, los que gobernamos, los que somos jueces, ¿no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? ¡Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará, segun se me trasluce), que yo ponga en pretina á mas de un negociante! Agora, decid á ese buen hombre que entre; pero adviértase primero, no sea alguno de los espías ó matador mio.—No, señor, respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan.—No hay qué temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos.—¿Seria posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de substancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?—Esta noche, á la cena, se satisfará la falta de la comida, y quedará usía satisfecho y pagado, dijo el maestresala.—Dios lo haga," respondió Sancho; y en esto, entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo, fué: "¿Quién es aquí el señor gobernador?—¡Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla!—Humíllome, pues, á su presencia," dijo el labrador; y, poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela. Negóselo Sancho, y mandó que se levantara y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego

dijo: "Yo, señor, soy labrador, natural de Miguelturra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real.—¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho: decid, hermano; que lo que yo os sé decir, es, que sé muy bien á Miguelturra, y que no está muy lejos de mi pueblo.—Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo, por la misericordia de Dios, soy casado, en paz y en haz de la Santa Iglesia Católica Romana: tengo dos hijos, estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado; soy viudo, porque se murió mi mujer, ó, por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó, estando preñada; y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, por que no tuviera invidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado.—De modo, dijo Sancho, que, si vuestra mujer no se hubiera muerto, ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo.—No, señor, en ninguna manera, respondió el labrador.—¡Medrados estamos! replicó Sancho: ¡adelante, hermano! que es hora de dormir, mas que de negociar.—Digo, pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de *Perlerines* no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y, por mejorar el nombre, los llaman *Perlerines*; aunque, si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y, mirada por el lado derecho, parece una flor del campo; por el izquierdo, no tanto, porque le falta aquel ojo, que sé le saltó de viruelas; y, aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen, los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que, por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y con todo esto, parece bien por extremo, porque tiene la boca grande; y, á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios, no tengo qué decir, porque son tan sutiles y delicados, que, si se usaran aspar labios, pudieran hacer dellos una madeja; pero, como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengonado: y perdóneme el señor gobernador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que, al fin, al fin, ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal.—Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura; y, si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí, que vuestro retrato.—Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos: y digo, señor, que, si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiración; pero no puede ser, á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca; y con todo eso, se echa bien de ver que, si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está

añudada; y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.—Está bien, dijo Sancho; y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los piés á la cabeza: ¿qué es lo que quereis ahora? y venid al punto, sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.—Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciése merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza; porque, para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y, de haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel; y, si no es que se aporrea y se da de puñadas él mismo á sí mismo, fuera un bendito.—¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho.—Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; ¡pero vaya! que, en fin, no se me há podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados, para ayuda de la dote de mi bachiller, digo, para ayuda de poner su casa; porque, en fin, han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros.—Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.—No, por cierto,” respondió el labrador; y apenas dijo esto, cuando, levantándose en pié el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: “¡Voto á tal, don patan, rústico y malmirado, que, si no os apartais y ascondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza! ¡Hi de puta, bellaco, pintor del mismo demonio! y á estas horas ¿te vienes á pedirme seiscientos ducados? y ¿dónde los tengo yo, hediondo? y ¿por qué te los habia de dar, aunque los tuviera, socarron y mentecato? y ¿qué se me da á mí de Miguelturra, ni de todo el linaje de los Perlerines? ¡Va de mí, digo! si no, ¡por vida del duque mi señor, que haga lo que tengo dicho! Tú no debes de ser de Miguelturra, sino algun socarron que, para tentarme, te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado: aun no há dia y medio que tengo el gobierno, ¡y ya quieres que tenga seiscientos ducados!” Hizo de señas el maestresala al labrador, que se saliese de la sala, el cual lo hizo, cabizbajo, y, al parecer, temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera; que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á Don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias: en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar, con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia, por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII.

De lo que le sucedió á Don Quijote con Doña Rodriguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Además estaba mohino y malencólico el mal ferido Don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballería. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguiamiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debía á su señora Dulcinea del Toboso. “No, dijo creyendo á su imaginacion (y esto, con voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, trasformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas, de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren; que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo.” El acabar estas razones, y el abrir de la puerta, fué todo uno. Púsose en pié sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galoche en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes por que no se le desmayasen y cayesen: en el cual traje, parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta; y, cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima